

HORA SANTA – JUEVES SANTO

INTRODUCCIÓN

«Velad y orad...» Este es el mandato de Cristo en Getsemaní. Cumplamos sus palabras dejándonos guiar por el acontecimiento de la institución de la Eucaristía, que Él mismo nos dejó el Jueves Santo, con el que se hace presente sobre nuestro altar el sacrificio realizado de una vez por todas en el Calvario.

De la Eucaristía surgen algunas indicaciones iluminadoras para la vida cristiana: puesto que toda la Iglesia vive de la Eucaristía, la vida ha de tener «forma eucarística». Por tanto, la Eucaristía debe ser para nosotros una «fórmula de vida».

CANTO

1. UNA VIDA «AGRADECIDA»

LECTURA (Jn 14, 27-31)

Os dejo la paz, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Habéis oído que os he dicho: "Me voy y volveré a vosotros." Si me amarais, os alegraríais de que me fuera al Padre, porque el Padre es más grande que yo. Y os lo digo ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis.

Ya no hablaré muchas cosas con vosotros, porque llega el Príncipe de este mundo. En mí no tiene ningún poder; pero ha de saber el mundo que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado.

MEDITACIÓN

En cada Misa recordamos y revivimos el primer sentimiento expresado por Jesús en el momento de partir el pan, el de dar gracias. El agradecimiento es la actitud que está en la base del nombre mismo de «Eucaristía», Acción de Gracias. Dios nos ama, se anticipa con su Providencia, nos acompaña con intervenciones continuas de salvación.

En la Eucaristía, Jesús da gracias al Padre con nosotros y por nosotros. Esta acción de gracias de Jesús ¿cómo no ha de plasmar la vida del cristiano? Cada cristiano sabe que debe fomentar un espíritu de gratitud por tantos dones recibidos a lo largo de la vida y, en particular, por el don de la fe. Tenemos ciertamente nuestras cruces —y ¡no somos los únicos que las tienen!—, pero los dones recibidos son tan grandes que no podemos dejar de cantar desde lo más profundo del corazón nuestro *Magnificat*.

CANTO

2. UNA VIDA «ENTREGADA»

LECTURA (Jn 15, 20-25)

Acordaos de la palabra que os he dicho: El siervo no es más que su señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros; si han guardado mi Palabra, también la vuestra guardarán. Pero todo esto os lo harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado.

Si yo no hubiera venido y no les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa de su pecado. El que me odia, odia también a mi Padre. Si no hubiera hecho entre ellos obras que no ha hecho ningún otro,

no tendrían pecado; pero ahora las han visto, y nos odian a mí y a mi Padre. Pero es para que se cumpla lo que está escrito en su Ley: Me han odiado sin motivo.

MEDITACIÓN

La entrega de Cristo alcanza su expresión más alta en el sacrificio de la Cruz, anticipado sacramentalmente en la Última Cena. No se pueden escuchar las palabras de la consagración sin sentirse implicados en este movimiento espiritual. En cierto sentido, el cristiano está llamado a decir también de sí mismo, con verdad y generosidad, «tomad y comed». En efecto, la vida tiene sentido si sabe hacerse don, poniéndose a disposición de los otros y al servicio de todos los necesitados.

Precisamente esto es lo que Jesús esperaba de sus apóstoles, como lo subraya el evangelista Juan al narrar el lavatorio de los pies. Al entregarse por amor, el cristiano pone en práctica en su propia carne aquel «tomad y comed», con el que Cristo, en la última Cena, se entregó a sí mismo a la Iglesia.

CANTO

3. UNA VIDA «SALVADA» PARA SALVAR

LECTURA (Jn 15, 11-17)

Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado.

Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace

su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer.

No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda. Lo que os mando es que os améis los unos a los otros.»

MEDITACIÓN

El cuerpo y la sangre de Cristo se han entregado para la salvación del hombre, de todo el hombre y de todos los hombres. Es una salvación integral y al mismo tiempo universal, porque nadie, a menos que lo rechace libremente, es excluido del poder salvador de la sangre de Cristo. Se trata de un sacrificio ofrecido por «muchos», como dice el texto bíblico. En efecto, la carne de Cristo se da «para la vida del mundo».

La santidad es la expresión plena de la salvación. Sólo viviendo como salvados podemos ser anunciadores creíbles de la salvación. Tomar conciencia cada vez de la voluntad de Cristo de ofrecer a todos la salvación obliga a reavivar en nuestro ánimo el ardor misionero, estimulando a cada uno de nosotros a hacerse «todo a todos, para ganar, sea como sea, a algunos».

CANTO

4. UNA VIDA QUE «RECUERDA»

LECTURA (Jn 17, 4-7)

Os he dicho esto para que, cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho.

«No os dije esto desde el principio porque estaba yo con vosotros.

Pero ahora me voy a Aquel que me ha enviado, y ninguno de vosotros me pregunta: "¿Dónde vas?" Sino que por haberos dicho esto vuestros corazones se han llenado de tristeza. Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré

MEDITACIÓN

Estas palabras de Jesús nos han llegado, tanto a través de san Lucas, como de san Pablo. El contexto en el que fueron pronunciadas —hay que tenerlo bien presente— es el de la cena pascual, que para los judíos era un «memorial». En dicha ocasión, los hebreos revivían ante todo el Éxodo, pero también los demás acontecimientos importantes de su historia: la vocación de Abraham, el sacrificio de Isaac, la alianza del Sinaí y tantas otras intervenciones de Dios en favor de su pueblo. También para los cristianos la Eucaristía es el «memorial», pero lo es de un modo único: no sólo es un recuerdo, sino que actualiza sacramentalmente la muerte y resurrección del Señor.

«Haced esto en memoria mía». La Eucaristía no recuerda un simple hecho; ¡recuerda a Él! Para el cristiano, escuchar cada día las palabras del «memorial» es una invitación a desarrollar una «espiritualidad de la memoria». En un tiempo en que los rápidos cambios culturales y sociales oscurecen el sentido de la tradición y exponen al riesgo de perder la relación con las propias raíces, el cristiano está llamado a ser el hombre del recuerdo fiel de Cristo y todo su misterio.

CANTO

5. UNA VIDA «CONSAGRADA»

LECTURA (Jn 14, 23-26)

Jesús le respondió: «Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él. El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra que escucháis no es mía, sino del Padre que me ha enviado.

Os he dicho estas cosas estando entre vosotros. Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho.

MEDITACIÓN

Con esta exclamación, el cristiano entra, después de la consagración del pan y el vino, en un asombro siempre nuevo por el prodigio extraordinario que ha tenido lugar: un prodigio que sólo los ojos de la fe pueden percibir. Los elementos naturales no pierden sus características externas, ya que las especies siguen siendo las del pan y del vino; pero su sustancia, por el poder de la palabra de Cristo y la acción del Espíritu Santo, se convierte en la sustancia del cuerpo y la sangre de Cristo. Por eso, sobre el altar está presente «verdadera, real, sustancialmente» Cristo muerto y resucitado en toda su humanidad y divinidad. Así pues, es una realidad eminentemente sagrada. Por este motivo la Iglesia trata este Misterio con suma reverencia.

De nuestra relación con la Eucaristía se desprende también, en su sentido más exigente, la condición «sagrada» de nuestra vida. Una condición que se ha de reflejar en

todo nuestro modo de ser, pero ante todo en el modo mismo de acudir a la Eucaristía. Estar ante Jesús Eucaristía, aprovechar, en cierto sentido, nuestras «soledades» para llenarlas de esta Presencia, significa dar a nuestra consagración todo el calor de la intimidad con Cristo, el cual llena de gozo y sentido nuestra vida.

CANTO

6. UNA VIDA «ORIENTADA» A CRISTO

LECTURA (Jn 15,4-8)

Permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí.

Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada.

Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen, los echan al fuego y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo conseguiréis.

La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto, y seáis mis discípulos.

MEDITACIÓN

Cada vez que celebramos la Eucaristía, la memoria de Cristo en su misterio pascual se convierte en deseo del encuentro pleno y definitivo con Él. Nosotros vivimos en espera de su venida.

El cristiano, a pesar del paso de los años, continua irradiando juventud y «contagiándola»

a las personas que encuentra en su camino. El secreto reside en la «pasión» por Cristo. Como decía san Pablo: «para mí la vida es Cristo». Sobre todo hoy, la gente tiene derecho a dirigirse a los cristianos con la esperanza de «ver» en ellos a Cristo. Tienen necesidad de ello particularmente los jóvenes, a los cuales Cristo sigue llamando para que sean sus amigos y para proponer a algunos la entrega total a la causa del Reino.

La Santísima Virgen tiene una relación muy estrecha con la Eucaristía. ¿Quién puede hacernos gustar la grandeza del misterio eucarístico mejor que María? Nadie como ella puede enseñarnos con qué fervor se han de celebrar los santos Misterios y cómo hemos estar en compañía de su Hijo escondido bajo las especies eucarísticas.

CANTO

PADRENUESTRO

ORACIÓN FINAL

Nos amaste, nos amas, Señor,
hasta el extremo,
con un amor más fuerte que la muerte.
A nosotros, pequeños y pobres,
que tanto nos cuesta
querernos a nosotros mismos,
o querer a nuestros prójimos,
a los que tenemos cerca,
a los que queremos y deseamos bien.
Y sin embargo, tan llenos de defectos,
se hace tan difícil querer.

Tú nos has querido sin límites.
Tú nos quieres sin límites.
Nos entregaste el Sacramento de tu Cuerpo
y el mandamiento del Amor,
para que descubriéramos
que sólo hay una tarea importante en la vida:
justamente aprender a querernos.

Y para aprender a querernos
necesitamos tu Gracia,
te necesitamos a Tí.
Para no cansarnos de querernos unos a otros,
o de querernos bien,
necesitamos tu Gracia,
te necesitamos a Tí.
¡Ven, Señor Jesús!
Amén